

nuestros estudios anatómicos, pues bastan y sobran las apuntadas indicaciones, para que se vea que eso de la tan socorrida *adaptación* de los trasformistas sólo es á propósito para entretener viejas y acallantar niños.



XV.

LAS CALAVERAS.

De un mono la calavera
Cierta incrédulo estudiaba;
Con la del hombre buscaba
Semejanza verdadera.

Las dos pone en su chistera
Y sale diciendo ufano:
Del simio al género humano
No hallo gran distancia yo.
Y un chusco le contestó:
Como entre usted y un hermano.

Los defensores del origen simiaco del hombre, no bastándoles la consideración de las patas de los que llaman con orgullo sus antepasados, ni viendo en la gallarda apostura de los

hijos de Adán más que un resultado de antiguos esfuerzos, parecidos á los que hace el guacamayo para imitar la voz humana, apelan á otros medios de prueba, sin hartarse jamás de calabazas.

Casi casi nos vemos tentados á creer que alguno de ellos debe ser por precisión descendiente de esos antropóideos, viéndoles tan aficionados á la fruta, por una parte, y por otra considerando el empeño tenacísimo en confesarse hijos ó nietos de padres peludos ó de animales *de pelo en pecho*, frase favorita de nuestro Fuertes.

Visto ya en el artículo anterior, lo imposible de la descendencia simiaca del hombre, atendida la disposición de sus órganos, tales como la cabeza respecto al tronco y las cuatro extremidades, fáltanos ver ahora algo de lo mucho que se puede decir en orden al primero de los miembros citados, que forma la parte principal del organismo humano y bruto.

Hablemos, pues, de la cabeza.

O si se quiere del cráneo, en el lenguaje familiar la *calavera*.

Son en gran manera aficionados los modernos sabios á las *calaveras* y al estudio de las *calaveras*.

Por eso hacen tantas *calaveradas*.

Antiguamente *la calavera* servía al hombre para considerar el fin de la vida presente; hoy, como tanto se ha progresado, ya no sirve para la meditación de la muerte, sino para el estudio de la vida. ¡Hase visto cosa más singular! ¡La imagen de la muerte convertida en medio de investigación del principio de la vida!

Los positivistas dieron existencia real á un cuento del *Filósofo Rancio* acerca de una *calavera*.

Refiere aquel escritor, humorístico y profundo á la vez, que en cierta ocasión un predicador, tomando en sus manos una calavera enorme, preguntaba desde el púlpito á sus oyentes, repitiendo una y otra vez: «¿De quién será esta calavera?»

La mala fortuna del padre quiso que el cráneo escogido para mover á compunción á los fieles sirviera de local y habitación de un avispero, cuyas moradoras, viéndose zarandeadas con los movimientos impresos por el predicador á la calavera, protestaron enérgicamente de aquella violación de domicilio sin mandato judicial, acompañando las protestas con fieros rejonazos arrimados á las manos y cara del predicador, el cual arrojó lejos de sí el instrumento de compunción, gritando: «¡Del demonio puede ser!!!»

La ficción del Rancio se ha convertido en realidad. Los antropólogos y biólogos modernos, apenas encuentran en cualquier parte una calavera, la toman en la mano con mucho respeto, aunque no religioso, la examinan atentamente por delante, por detrás, por arriba, por abajo, por fuera, por dentro, la pesan, la miden en todas direcciones, filosofan sobre todas y cada una de sus partes, exclamando después de un lar-

go y detenido examen: «¡De quién será esta calavera!!! ¿Será de un antropóideo?,... ¿Será de un proguato?,... ¿Será de un salvaje?,... ¿Será de un hombre civilizado?.....
.... «¡De quién será esta calavera!»

Vamos, por consiguiente, á preguntar á las calaveras á ver si su testimonio concuerda con el de los calaveras, que piensan encontrar en los cráneos respectivos del hombre y del mono un argumento concluyente de filiación y paternidad recíproca, ya que no tengan otra clase de partidas de bautismo que acrediten el parentesco.

Lo que decíamos en el artículo anterior acerca del mejor medio de demostrar las diferencias esenciales entre el hombre y los monos, á saber: ponerlos frente á frente y comparar un organismo con otro, eso repetimos ahora, apelando al sentido común, tan raro entre ciertos sabios: basta examinar la figura de los cráneos según la presentan varios autores, muchos de ellos

darwinistas, para quedar enteramente convencido de cuán absurda es la hipótesis de los trasformistas.

Mas ya que á muchos de nuestros lectores no les sea posible ver por sí mismos esos grabados, pondremos aquí lo que la *ciencia* enseña sobre este particular.

«La conformación del cráneo del hombre adulto, dice uno de sus representantes, aun de raza proguata, comparada con la de los monos antropomorfos que han adquirido ya un entero desarrollo, presenta una diferencia enorme, y es de suponer que no ha hecho la comparación sobre las mismas piezas anatómicas el autor que escribía no ha mucho esta frase: «Hay casi tanta diferencia entre el cráneo de un europeo y el de un etíope, como entre el de éste y el de un mono .

»La cara del orangután ó del gorila, por ejemplo, en lugar de formar como en el hombre apenas la tercera parte del volumen total de la cabeza, forma

más de sus dos terceras partes. El cráneo del hombre es liso y redondeado en su superficie; el de los monos antropomorfos adultos está levantado con crestas huesosas muy salientes que limitan casi en todo su contorno la cavidad de la sien, la cual en su parte posterior se extiende muchísimo y es muy profunda por delante y por debajo, á causa de la desviación de los arcos cigomáticos; en esta cavidad se encuentra un músculo temporal muy poderoso y destinado á mover la enorme mandíbula inferior.

»Si se mira el cráneo del hombre por su cara inferior, siguiendo el método de Owen, se advierte que, cortando por medio en ángulo recto el diámetro longitudinal presentado por esta cara, esta línea trasversal toca el borde anterior del agujero occipital, mientras que en el orangután este agujero queda en medio del tercio posterior de dicho diámetro. Los arcos cigomáticos en el hombre, se hallan enteramente comprendidos en el tercio anterior del plano for-

mado por la base de la cabeza; al paso que en el orangután estos arcos, mucho más salientes hacia fuera, están cortados en su mitad por el diámetro transversal. El occipucio, muy combado en nuestra especie, está deprimido en nuestro pretendido pariente.

»Por fin, en el hombre el ángulo facial varía de 70 á 85°, en el orangután adulto no pasa de 40°. Ciertos autores le dan hasta 60°, pero hablan del orangután joven, y aun esta medida nos parece exagerada. También el hombre, al tiempo de nacer, tiene el ángulo facial más abierto que en la edad adulta, y llega ordinariamente á los 90°. La comparación, para ser exacta, no debe hacerse sino en la edad de completo desarrollo. Según Owen, el ángulo facial del chimpancé adulto no pasa de 30 á 35°, y el cráneo en esta especie parece colocado más bien detrás de la cara que encima.

«El cerebro de los monos antropomorfos presenta circunvoluciones mu-

cho menos numerosas y mucho menos profundas que en el hombre. En cuanto al volumen relativo de este órgano tan importante, las diferencias son enormes. Yo he medido la capacidad de un cráneo europeo de magnitud media, valiéndome de un medio análogo al que ha sido puesto en uso por Tiedeman, le he llenado de arena fina perfectamente seca, hallando ser su medida de 153 centilitros; la cavidad del cráneo del orangután adulto, por el contrario, no ha podido contener sino 0,44 centilitros. Si bien este procedimiento no es riguroso, es, sin embargo, lo bastante para darnos muy grande aproximación á la verdad. Ahora bien; de la experiencia que acabo de citar, resulta que la capacidad del cráneo del hombre, y por consecuencia el volumen de su cerebro, son casi tres veces y media mayores que los del cráneo del orangután». ¹

¹ Godron. *De l'espèce et des races dans les êtres organisés* T. II, lib. 3.^o, chap. 1.^o Paris, 1872.

Después de este largo pasaje, no estarán de sobra otros más cortos, pero idénticos en el fondo, que confirmen en todas sus partes las palabras de Godron. «Las diferencias que existen entre el cráneo del hombre y el del gorila son enormes», dice Hurley. «Guardémonos de disminuir demasiado las diferencias anatómicas que existen entre el hombre y sus afines de la clase de los mamíferos. Estas diferencias son tales, que basta al experto anatomista echar una mirada sobre cualquiera parte un poco característica del cuerpo, por ejemplo el esqueleto, para distinguir al hombre del animal». Así escribe Büchner.¹

«No conocemos, añade Canestrini², especie alguna de mono, que sirva de tránsito á la nuestra. Si quisiéramos *forzadamente* derivar al hombre del mono, sería necesario buscar su cabeza en

¹ Véase la *Civiltà Catolica*, del 22 de Abril de 1872.

² *Origen del huomo*, cap. 9.

aquellos monos pequeños, que se agrupan en torno de los cebos y de los onístitis, la mano en el chimpancé, el esqueleto en el siamanf, el cerebro en el orangután y el pie en el gorila.»

Esto está bueno. Ahora resulta, que para poder establecer con alguna verosimilitud anatómica y fisiológica, el parentesco entre el hombre y el mono, hay que dar por sentado que, allá en los tiempos del rey que rabió, tuvieron los monos de todas las especies y variedades una numerosa asamblea, de la cual salió acordado por unanimidad, que cada uno prestase, no dicen si á interés simple ó compuesto, al hombre un determinado miembro. De donde resulta, que nosotros somos la síntesis de la monería, una monada humana.

¡Y cuidado que esto lo dice la ciencia, en cuyo terreno estamos; es decir, la anatomía comparada!

Citaremos todavía, escogiéndolos entre muchos, los testimonios de dos escritores alemanes, que han estudiado

de una manera especial la materia esta de los cráneos, Bischoff y Aeby, citados por el P. Mendive, en su *Apología de la religión cristiana, vindicada de las imposturas racionalistas*.

Dice el primero: «El vacío entre el desenvolvimiento de las circunvoluciones cerebrales del hombre, y el de las circunvoluciones del orangután ó del chimpancé, no puede llenarse, ni ser comparado con el que divide al orangután ó chimpancé de los lemurídeos. Este le llenan las especies de monos existentes en el espacio intermedio; el modo de llenar el primero está por hallar todavía.»

El segundo autor termina así las observaciones hechas sobre miles de cráneos de diversas razas, tanto de monos como de hombres: «Resulta del conjunto, que la diferencia total del hombre al mono más cercano, es más considerable que la que separa á los monos entre sí. Por tanto, no dudo un sólo instante en afirmar que el tipo del

cráneo humano se diferencia del de los monos de la manera más completa; y que precisamente los monos antropomorfos se acercan, bajo este aspecto, mucho más, sin comparación, á sus aliados naturales y aun á los mamíferos inferiores, que al hombre.»

No queremos pasar adelante, sin protestar del uso de una palabra que nosotros mismos empleamos con frecuencia en estos artículos, por no separarnos del lenguaje corriente, aunque muy impropio. Nos referimos á la voz *antropomorfo*, aplicada al mono; y decimos que no está bien aplicada, porque ninguna especie de monos tiene forma de hombre, sino de cuadrúpedo. Llamar, pues, antropomorfo, es decir, de figura humana, al animal que tiene la figura de bruto cuadrúpedo, ó si se quiere, cuadrumano, es un contrasentido, es una contradicción palmaria, que no debe admitirse sin protesta. Sirvan como tal estas líneas.

Y concluyamos estas observaciones

con las de Quatrefages, acerca del modo de desarrollarse los órganos humanos y los del mono. Dice así:

«M. Pruner-Rey, resumiendo los trabajos descriptivos y anatómicos hechos hasta estos últimos años, ha demostrado que la comparación del hombre con los antropomorfos pone de manifiesto un hecho general, sujeto á muy pocas excepciones, á saber: la existencia de *un orden inverso* en el desarrollo de los principales aparatos orgánicos. Las investigaciones de Welker, sobre el ángulo esferoidal de Virchow, conducen á la misma conclusión; porque este ángulo disminuye en el hombre, comenzando desde su nacimiento, mientras que en el mono siempre va creciendo, hasta el punto de borrarse algunas veces. Sobre la base del cráneo es como el sabio alemán ha averiguado esta marcha inversa.

»M. Broca acaba de probar la verdad de otros hechos semejantes, estudiando el ángulo órbito-occipital. Un contraste

del todo semejante ha sido descubierto por Gratiolet en el cerebro mismo. He aquí cómo resume sus observaciones sobre este punto. «En el mono, las circunvoluciones temporo-esferoidales, que forman el lóbulo medio, aparecen y reciben su último desarrollo antes que las circunvoluciones anteriores, por las cuales está formado el lóbulo frontal. En el hombre, al revés, las circunvoluciones frontales son las primeras en presentarse, y las del lóbulo medio aparecen más tarde.» Es evidente, sobre todo según los principios más fundamentales de la doctrina darwiniana, que un ser organizado no puede descender de otro, cuyo desenvolvimiento siga una marcha inversa á la suya propia. Por consiguiente, el hombre no puede, según estos mismos principios, contar entre sus antepasados ningún tipo de monos, sea el que fuere.» ¹

Entre nuestros lectores, habrá no

¹ *L'espèce humaine*: Chap. 11.

pocos que carezcan de conocimientos en historia natural, y mucho más en anatomía. Estos entenderán el argumento de Quatrefages, considerando que si dos personas marchan una á la derecha y otra á la izquierda, no es posible que se encuentren. De la propia suerte, si el hombre y el simio llegan á su desarrollo por caminos contrarios, evidente es, no sólo que ninguno desciende del otro, sino además que no tienen ningún género de parentesco entre sí, como pretenden los defensores del transformismo.



XVI.

RAZÓN FILOSÓFICA DEL DARWINISMO.

Dos formas tiene la soberbia humana
Que infatuo egoismo glorifica;
La vanidad liviana
Del escaso saber, que nada explica,
Incrédula razón de poco precio,
Necia sonrisa que distingue al necio;
Y razón orgullosa,
Que arguye con dogmática elocuencia
Contra toda aserción maravillosa,
En nombre del *saber* y de la *ciencia*.

VAMOS á concluir nuestro trabajo
exponiendo la causa que dió
vida y se la conserva al evolucionismo,
al menos en cuanto se refiere al hom-